

NIXON: UN PERDEDOR

DURANTE toda su vida pública, Richard Nixon ha producido la imagen de lo que allí se llama «loser»: el perdedor. No con entera propiedad puede traducirse en castellano por «fracasado». La división entre «winners» y «losers», ganadores y perdedores, corresponde más exactamente la textura sociológica de una nación donde la competitividad, la lucha por ocupar «un lugar al sol», es enormemente dura desde su fundación, sobre todo en ese compendio y resumen de la sociedad que es la política. Nixon ha ofrecido una peculiaridad asombrosa dentro de la imagen del perdedor: la de escalar puestos cada vez más elevados y, sin embargo, perder siempre. Su carrera hacia el poder máximo ha estado empedrada de fracasos, de naufragios. Más de una vez se ha retirado de la política, o la política se ha retirado de él. Elecciones funestas, escándalos revelados, ataques inauditos de la prensa... Y, sin embargo, cada vez ha recobrado el resuello perdido, se ha puesto de nuevo trabajosamente en pie y ha avanzado un paso, unos pasos más.

LA culminación de esta imagen personal es la de haber llegado al primer puesto político de la nación y, sin embargo, seguir siendo un «loser». Como los atriadas perseguidos por la fuerza del destino en la tragedia griega. Pero sin grandeza. Un destino vil para un personaje sin hálito de protagonista. Toda esta biografía de «loser» explica, por una parte, su defensa ciega de gato acorralado en estos momentos; por otra, las mismas razones de su caída. Nixon se asienta sobre una per-

sonalidad de hombre que ha aprendido que no ceder cuando el mundo entero se le viene encima es una baza ganada. En el boxeo correspondería a la personalidad del que «encaja», del que «aguanta»: una consistencia humana coriácea, hecha para recibir los golpes, para caer una y otra vez a la lona y levantarse siempre a tiempo; puede esperar, a la larga, el cansancio de su adversario, o su desesperación al pegar contra un bloque de cemento. Todo eso que ha aprendido lo está realizando ahora, a costa de ofrecer uno de los espectáculos más desagradables del mundo de la política: el del hombre que se aferra al poder por encima de todo, por encima de la conveniencia de su patria, por encima de sus intereses de partido. Por esta parte no es sólo el poder, no es ya la Presidencia la que se defiende. Es el hombre, Richard Nixon, el que libra su combate personal hasta el último momento. Con la esperanza que le da su propia biografía.

PERO la metáfora del boxeo se acaba aquí. Para salir adelante, para poder ganar cada combate perdido, Nixon ha sabido encontrar las ayudas necesarias. Las visibles y las invisibles. Ha sido su talento de hombre mediocre. Un talento que no está al alcance de cualquiera: no vende su alma al diablo quien quiere, sino aquellos a los que el diablo interesa comprar, y saber hacer que el diablo se interese en el pacto es ya un —digamos— mérito. Lo que se está ahora discutiendo en el Comité Judicial de la Cámara de Representantes que ha iniciado el proceso de «impeachment» es, precisamente, la naturaleza del pacto.

Existen escasas dudas de que el Comité Judicial va a recomendar a la Cámara que someta al Senado la acusación contra el Presidente.





Nixon señala a las transcripciones de las cintas de la Casa Blanca durante un programa televisado.

De toda una larga lista de acusaciones que se examinan —22 cargos mayores—, sólo una es directamente económica en su beneficio, la de eludir los impuestos (aunque en los cargos menores figuran algunas otras, como la que se refiere a la mejora y revaloración de su casa de San Clemente); todas las otras acusaciones se refieren a supuestos hechos ilegales para conquistar y conservar el poder, a pactos con delincuentes de diversas clases y estratos —muchos de ellos, condenados ya por la justicia— para que le ayudasen. Sabotear la campaña de sus adversarios demócratas, espiarles, sobornar jueces, cometer perjuros, utilizar los recursos del Estado para silenciar a sus acusadores, vender puestos públicos o permitir aumentos de precio a algunas Industrias a cambio de apoyo económico para su campaña electoral... Sobre esta base podría decirse que Nixon no es el único culpable, sino todo el sistema de irregularidad y corrupción de la política de los Estados Unidos, en el mismo sentido en que puede decirse que no es Hitler el culpable de lo que pasó en Alemania, sino el conjunto de un país que le elevó al poder, de un sistema político que impidió que se manifestaran las opiniones comunes que podrían haber saneado la política nacional. Pero esta culpabilidad colectiva no ayuda nada a Nixon, puesto que precisamente el bloque general de las acusaciones consiste en la necesidad de depurar ese sistema, y Nixon es el símbolo. Si se regresa, como parece pretenderse, a la pureza de la democracia, ningún delito político más grave que el de torcer la voluntad del pueblo en unas elecciones consideradas libres. Equivale a un golpe de Estado invisible, a una dictadura disfrazada. Y precisamente la resistencia de Nixon a abandonar el poder representa el último obstáculo aparente —ya sabemos que sólo aparente— para la restauración de esa democracia y de su ideología, de lo que se ha llamado «el sueño americano».

NIXON está dando el más horrible, el más cruel espectáculo de su historia, y uno de los peores de la historia política de los Estados Unidos. Está dispuesto a darlo hasta el final. Hacia la última decena de este mes comenzarán las audiencias públicas del Comité. Esto es, televisadas. Lo que en ellas se diga contra el Presidente va a ser feroz. Existen escasas dudas de que el Comité va a recomendar a la Cámara que ésta someta al Senado la acusación, considerándole culpable; pero los debates de la Cámara van a ser también públicos y televisados. Hay ya mayores dudas de que el Senado, constituido en alto tribunal de justicia, condene a Nixon. Las dudas consisten en que se requiere para ello una mayoría de dos tercios, y Nixon y sus valedores están tratando de que no se alcance. Si condena, su sentencia será la destitución automática del Presidente. Y éste, privado de la Inmunidad que cubre su cargo, tendrá que comparecer ante los Tribunales de la justicia ordinaria, en sus diversas instancias, hasta llegar al Supremo. No está, por

lo tanto, excluido de este proceso que Nixon vaya a terminar en la cárcel. Podría hacer un pacto, como el que recientemente negoció su vicepresidente, Agnew: dimitir a cambio de no ser acusado. Perdió su cargo, fue excluido del Colegio de Abogados, pero evitó la prisión.

EN la psicología de Nixon no existe esa salida. Si la adopta, será forzado. Se le ofrecen ahora tres fórmulas: la dimisión inmediata a cambio de la inmunidad penal y procesal (fórmula Agnew), la dimisión temporal, con entrega provisional de la Presidencia al vicepresidente Ford, y la posibilidad de regresar al cargo si es absuelto (fórmula nueva, facilitada por una enmienda de la Constitución, que se ha adoptado precisamente para darle esa salida), y dimisión en el caso de que la acusación de la Cámara de Representantes se produzca, impidiendo así que el procedimiento se vea ante el Senado. De las tres fórmulas, la más adecuada a la personalidad de Nixon sería la segunda, que es la que le recomienda el partido republicano. Le permitiría seguir luchando y mantener la esperanza de que volverá, al final, a la Casa Blanca.

PERO no hay indicios de que la vaya a adoptar. Su forma de defensa, ahora, ha tomado un nuevo sesgo. El domingo hizo un viaje a Oklahoma: es el primero de una serie de apariciones públicas en los lugares donde obtuvo mayor número de votos en las últimas elecciones. Quiere recibir lo que los políticos llaman «un baño de multitud»; unas manifestaciones favorables de la opinión pública. No cabe duda de que las puede obtener: para muchos ciudadanos (aunque, según las auscultaciones, es una minoría cada vez más reducida), Nixon es una víctima de los comunistas y de los liberales (lo que para muchos que no quieren sentir el dolor de pensar es lo mismo), de una maniobra soviética, china o castrista, de la corrupción de la democracia. No se ha descartado la posibilidad de un golpe de fuerza que no solamente sostuviera a Nixon en el poder, sino que acusara a sus acusadores de corrupción, decadencia y blandura: parece demasiado tarde para ese procedimiento.

ES indudable que los Estados Unidos están sufriendo en su imagen pública y en su actuación política mundial por el empeñamiento de Nixon. Pero este deterioro debe estar compensado por la imagen mejorativa de una democracia que busca su propia depuración y su mejor realización, aun a pesar de un procedimiento tan aparatoso y tan escandaloso como el de entregar a la justicia a sus más altos cargos. Sólo que, si consigue desprenderse de ellos, tendrá que justificar en actuaciones inmediatas y posteriores que valía la pena hacerlo así, que no se trataba de un simple ajuste de cuentas entre bandas rivales y que el mundo puede ser de otra manera si lo que representa Nixon es barrido para siempre. ■